

Averiguados ya los designios de Xicotencál por la confesion de sus espías, trató Hernan Cortés de prevenir todo lo necesario para la defensa de su cuartel: y pasó luego á discurrir en el castigo que merecian aquellos delinquentes condenados á muerte segun las leyes de la guerra; pero le pareció que el hacerlos matar sin noticia de los enemigos sería justicia sin escarmiento: y como necesitaba menos de su satisfacion, que del terror ageno, ordenó que á los que estuvieron mas negativos, que serian catorce ó quince, se les cortasen las manos á unos, y á otros los dedos pulgares, y los envió de esta suerte á su ejército: mandandoles que dixesen de su parte á Xicotencál, que ya le quedaban esperando; y que se los enviaba con la vida, porque no se le malograsen las noticias que llevaban de sus fortificaciones.

Envía Cortés á las espías cortadas las manos.

Desaliento de Xicotencál.

Hizo grande horror en el ejército de los Indios, que venía ya marchando á su faccion, este sangriento espectáculo: quedaron todos atonitos notando la novedad y el rigor del castigo; y Xicotencál mas que todos cuidadoso de que se hubiesen descubierto sus designios; siendo este el primer golpe que le tocó en el ánimo, y empezó á quebrantar su resolucion; porque se persuadió á que no podian sin alguna divinidad aquellos hombres haber conocido sus espías, y penetrado su pensamiento: con cuya imaginacion empezó á congojarse, y á dudar en el parti-

do que debia tomar: pero quando ya estaba inclinado á resolver su retirada, la halló necesaria por otro accidente, y se hizo sin su voluntad lo mismo que resistia su obstinacion. Llegaron á este tiempo diferentes ministros del Senado, que autorizados con su representacion, le intimaron que arrimase el baston de General: porque vista su inobediencia, y el atrevimiento de su respuesta, se habia revocado el nombramiento, en cuya virtud gobernaba las armas de la república. Mandaron tambien á los Capitanes que no le obedeciesen, pena de ser declarados por traydores á la patria: y como cayó esta novedad sobre la turbacion que causó en todos el destrozo de sus espías, y en Xicotencál la penetracion de su secreto, ninguno se atrevió á replicar; antes inclinaron las cervi- ces al precepto de la república, deshaciendose con extraordinaria prontitud todo aquel aparato de guerra. Marcharon los Caciques á sus tierras: la gente de Tlascála tomó el camino sin esperar otra orden: y Xicotencál, que estaba ya menos animoso, tuvo á felicidad que le quitasen las armas de las manos, y se recogió á la ciudad acompañado solamente de sus amigos y parientes: donde se presentó al Senado, mal escondido su despecho en esta demostracion de su obediencia.

Quitale el Senado el baston de General.

Deshacese el ejército de Xicotencál.

Los Españoles pasaron aquella noche con cuidado, y sosegaron el dia siguiente sin descuido, porque no

se acababan de asegurar de la intencion del enemigo; aunque los Indios de la contribucion afirmaban que se habia deshecho el ejército, y esforzado la plática de la paz. Duró esta suspension hasta que otro día por la mañana descubrieron las centinelas una tropa de Indios, que venian, al parecer, con algunas cargas sobre los hombros, por el camino de Tlascála: y Hernan Cortés mandó que se retirasen á la plaza, y los dexasen llegar. Guiaban esta tropa quatro personajes de respeto, bien adornados, cuyo trage y plumas blancas denotaban la paz: detrás de ellos venian sus criados; y despues veinte ó treinta Indios Tamenes cargados de vituallas. Detenianse de quando en quando, como rezelosos de acercarse, y hacian grandes humiliaciones ázia el quartel, entreteniéndolo el miedo con la cortesía: inclinaban el pecho hasta tocar la tierra con las manos, levantándose despues para ponerlas en los labios: reverencia que solo usaban con sus Príncipes; y en estando mas cerca, subieron de punto el rendimiento con el humo de sus incensarios. Dexóse ver entonces sobre la muralla Doña Marina, y en su lengua les preguntó, de parte de quién, y á qué venian. Respondieron, que de parte del Senado y república de Tlascála, y á tratar de la paz: con que se les concedió la entrada.

Recibiólos Hernan Cortés con aparato y severidad conveniente: y ellos, repitiendo sus reverencias y

sus perfumes, dieron su embajada, que se reduxo á diferentes disculpas de lo pasado, frívolas, pero de bastante substancia para colegir de ellas su arrepentimiento. Decian: „ Que los Otomíes y Chontáles, „ naciones bárbaras de su confederacion, habian jun- „ tado sus gentes, y hecho la guerra contra el pare- „ cer del Senado, cuya autoridad no habia podido „ reprimir los primeros ímpetus de su ferocidad; pe- „ ro que ya quedaban desarmados, y la república muy „ deseosa de la paz: que no solo trahian la voz del „ Senado, sinó de la nobleza y del pueblo, para pe- „ dirle que marcháse luego con todos sus soldados á „ la ciudad, donde podrian detenerse lo que gusta- „ sen, con seguridad de que serian asistidos y vene- „ rados como hijos del sol, y hermanos de sus dió- „ ses.” Y ultimamente concluyeron su razonamien- to, dexando mal encubierto el artificio en todo lo que hablaron de la guerra pasada; pero no sin algunos visos de sinceridad en lo que proponian de la paz.

Hernan Cortés, afectando segunda vez la severidad, y negando al semblante la interior complacencia, les respondió solamente: „ Que llevasen enten- „ dido, y dixesen de su parte al Senado, que no era „ pequeña demostracion de su benignidad el admitir- „ los y escucharlos, quando podian temer su indig- „ nacion como delinquentes, y debian recibir la ley „ como vencidos. Que la paz que proponian era con-

Disculpas,
y proposi-
cion del Se-
nado.

Respuesta
de Hernan
Cortés.

„forme á su inclinacion ; pero que la buscaban des-
 „pues de una guerra muy injusta y muy porfiada, pa-
 „ra que se dexáse hallar facilmente, ó no la encon-
 „trasen detenida y recatada. Que se veria cómo per-
 „severaban en desearla, y cómo procedian para me-
 „recerla : y entretanto procuraria reprimir el enojo
 „de sus Capitanes, y engañar la razon de sus armas,
 „suspendiendo el castigo con el brazo levantado, pa-
 „ra que pudiesen lograr con la emienda el tiempo
 „que hay entre la amenaza y el golpe.

^{n á}
^{na}
^{ido}
^{to-} Así les respondió Cortés, tomando por este me-
 dio algun tiempo para convalecer de su enfermedad,
 y para exâminar mejor la verdad de aquella propo-
 sicion : á cuyo fin tuvo por conveniente que volvie-
 sen cuidadosos y poco asegurados estos mensageros,
 porque no se ensoberbeciesen ó entibiasen los del Se-
 nado hallandole muy fácil, ó muy deseoso de la paz.
 Que en este género de negocios suelen ser atajos los
 que parecen rodeos, y servir como diligencias las di-
 ficultades.

CAPITULO XXI.

*VIENEN AL QUARTEL NUEVOS
 Embajadores de Motezuma para embarazar la
 paz de Tlascála: persevera el Senado en pedir-
 la; y toma el mismo Xicotencál á su cuenta esta
 negociacion.*

CReció con estas victorias la fama de los Espa-
 ñoles : y Motezuma, que tenia freqüentes no-
 ticias de lo que pasaba en Tlascála, mediante la ob-
 servacion de sus ministros y la diligencia de sus cor-
 reos, entró en mayor aprehension de su peligro, quan-
 do vió sojuzgada y vencida por tan pocos hombres
 aquella nacion belicosa que tantas veces habia resis-
 tido á sus exércitos. Hacianle grande admiracion las
 hazañas que le referian de los estrangeros, y temia,
 que una vez reducidos á su obediencia los Tlascalté-
 cas, se sirviesen de su rebeldia y de sus armas, y pa-
 sasen á mayores intentos en daño de su imperio. Pe-
 ro es muy de reparar, que en medio de tantas per-
 plexidades y rezelos no se acordase de su poder, ni
 pasáse á formar exército para su defensa y seguridad;
 antes, sin tratar, por no sé que genio superior á su
 espíritu, de convocar sus gentes, ni atreverse á rom-
 per la guerra, se dexaba todo á las artes de la polí-
 tica, y andaba fluctuando entre los medios suaves.

Nuevos dis-
 cursos de
 Motezuma.

No se a-
 cuerda Mo-
 tezuma de
 sus fuerzas.